

HISTORIAS DE ABUELAS

“LO QUISIERA VER Y PIENSO EN CÓMO LE DIGO LO QUE LE PASÓ AL PADRE”

SU HIJO RUBÉN MEDINA ESTUVO DETENIDO EN EL ATLÉTICO DONDE CONOCIÓ A OTRA DETENIDA: GRACIELA LAURA. ALLÍ EMPEZARON UNA RELACIÓN Y ELLA QUEDÓ EMBARAZADA. IRMA SE ENTERÓ MUCHO TIEMPO DESPUÉS POR SOBREVIVIENTES QUE PODRÍA SER ABUELA.

Por Luciana Guglielmo

“La desesperanza está fundada en lo que sabemos, que es nada, y la esperanza sobre lo que ignoramos, que es todo.”

Maurice Maeterlinck

Su nombre completo es Zidanelia Irma Thompson, aunque prefiere que la llamen Irma. Esta abuela tiene una mirada dulce y cálida, pero también transmite melancolía. Mujer de pocas palabras, voz suave y con una sonrisa que le ilumina el rostro cuando aparece.

Nació en 1927, en Resistencia, provincia de Chaco. Hija de padre inglés, madre francesa, y la anteuúltima de seis hermanos, pasó su infancia y parte de su adolescencia en Colonia Benítez. A los 20 años, vino a Buenos Aires buscando suerte como modista, convencida por una amiga que ya estaba viviendo acá; “yo ya había venido anteriormente, pero solo de visita”, cuenta.

Conoció a su marido en una fiesta en la Embajada de Colombia, este hombre era un militar venezolano que llegó a la Argentina escapando del golpe militar del 51; estuvieron dos meses de novios y se casaron. Se fueron a vivir a Ensenada, cerca de La Plata, y ahí él empezó a estudiar medicina. Al poco tiempo, en 1953 nació Rubén, y dos años más tarde Irma. Pero la relación no funcionó y al poco tiempo se separaron. Los chicos nunca más volvieron a ver a su papá. Cuando se le pregunta como eran sus hijos dice: “Se portaban bien, eran muy compañeros, no se peleaban nunca. Rubén era un poco rebelde, en cambio Irma era más dócil”. Sin duda la situación familiar, unió aún más a los hermanos. Irma, nunca dejó de trabajar y se esforzó siempre por mandar a sus hijos a los mejores colegios, quería la mejor educación para ellos. Algunos años estuvieron pupilos en colegios religiosos. Recuerda que Rubén quería ser cura, pero no lo dejaron porque ella no se había casado por Iglesia.

Irma volvió a formar pareja con César y se fue con él a vivir a Chaco, donde estaba toda su familia. Rubén e Irma, en cambio, se quedaron en Buenos Aires.

Rubén

En 1971, Rubén decidió estudiar medicina en la Universidad de Buenos Aires. Profesión que no entendió de dónde podía venir, hasta que años más tarde se enteró que su papá había sido médico. Irma, nunca antes se lo había mencionado. Era un excelente alumno y comenzó su militancia en la Juventud Universitaria Peronista, movimiento que recién comenzaba en la Facultad. En esa época, la Universidad era un hervidero, pero siguió adelante con sus estudios y su lucha social. En 1973 (año en el que ingresa su hermana Irma también a medicina) estaba trabajando en el Deca-



Zidanelia, en su casa, espera a su nieto o nieta.

“NI BIEN ME ENTERÉ VOLVÍ A BUENOS AIRES, YO NO TENÍA IDEA DE LO QUE ESTABA SUCEDIENDO”

nato con un grupo de militantes. Allí armaban programas, y lo que ganaba lo aportaba, nadie se quedaba con el dinero. En esa época se creó medicina del trabajo. También empezaron a prestarle atención a lo que era la medicina sanitarista, que no existía en la facultad por ese entonces; Rubén estaba convencido de que había que estudiar enfermedades endémicas propias de nuestro país. Él participó en todos estos avances que se iban dando a nivel académico.

“A Rubén lo detienen el 2 de marzo de 1977, mi mamá ya no estaba en Buenos Aires. Era una época difícil, año 75, y por eso decidimos no vivir juntos. Él estaba en una pensión con Ricardo Coquet, también militante de medicina, detenido y liberado de la ESMA, y yo me quedé con la casa de mi mamá hasta que la entregué”, cuenta Irma (hija). “Ese día en particular ellos estaban

levantando la pensión, esto fue en horario de la mañana porque él tenía que venir a almorzar conmigo, y lo esperé 15 minutos, y entré en locura porque no nos atrasábamos justamente por estas razones de seguridad. Cuando entro nuevamente al trabajo me estaba llamando Ricardo para contarme lo que le había pasado a Rubén. Mi hermano estaba manejando la moto de Ricardo cuando se lo llevaron. En su momento me dieron datos de lo ocurrido gente de un taller mecánico cercano pero con el correr de los años uno se va enterando de otras cosas, yo creo que ya los estaban buscando, que los individualizaron, que ellos ya estaban marcados”. Irma nunca más volvió a ver a su hermano.

Las denuncias

En un primer momento, Irma (h) fue a hospitales pensando que su hermano se había accidentado con la moto, no quería creerle a Ricardo. Al día siguiente realizó la denuncia de paradero, después se dirigió a *Incorporaciones Militares* porque a Rubén le tocaba hacer la conscripción (le habían dado el plazo para que se graduara), e Irma pensó ingenuamente que ellos se iban a hacer cargo de buscarlo, pero sólo consiguió un certificado que lo exceptuaba de desertor. Después realizó también tres Hábeas Corpus y golpeó las puertas del Ministerio del

Interior. Irma, no le había dicho nada a su mamá de lo que había sucedido porque estaba convencida de que Rubén iba a regresar.

“Ni bien me enteré volví a Buenos Aires, yo no tenía idea de lo que estaba sucediendo”, cuenta la abuela quien a partir de entonces comenzó a participar de las marchas de las Madres y a buscar a su hijo.

La búsqueda

En el 1980, Irma (h) mandó fotos de Rubén a organismos internacionales, y uno de ellos fue *Amnesty International*. En ese momento también alguien del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) le acercó un listado de CLAMOR y Rubén aparecía allí. Luego dos sobrevivientes que vieron las fotos le mandaron cartas a través de *Amnesty International* diciendo que reconocieron a Rubén, que estuvo en el Centro Clandestino El Atlético y que lo hacían trabajar de médico. A partir de esos datos, Irma (h) empieza a buscar gente que estuvo detenida allí en esa época. “En el 84 comienza el Juicio del Atlético y la gente de la CONADEP me avisa y voy. Me doy cuenta de que había mucha gente de medicina y de mi barrio, conocidos que habían pasado por ese lugar”, cuenta Irma (h).

Es ahí donde los sobrevivientes le cuentan la historia de amor que se produjo

en el Atlético entre Rubén y Graciela Laura.

La historia de amor

Graciela Laura Perez Rey, estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras. Militaba también en la Juventud Universitaria Peronista como Rubén y tenía 19 años, cuando la secuestraron el 19 de marzo del 77.

Según cuentan los sobrevivientes, esta relación nació en el Centro Clandestino. Él desempeñaba tareas de médico y ella a veces oficiaba de enfermera. Graciela Laura siempre sostuvo que el hijo que estaba esperando era de Rubén. “Para nosotros fue una sorpresa, no sabíamos nada, yo estaba buscando a mi hermano y ahora tenía que buscar un sobrino o una sobrina”, cuenta Irma (h).

Rubén estuvo desde el 2 de marzo del 77 hasta el 27 de diciembre de ese año detenido en ese Centro. Hay testimonios que afirman que a Gabriela Laura se la llevaron el 23 de

“LO QUISIERA VER, IMAGINO QUE ES VARÓN, YO SIEMPRE PENSÉ QUE ERA VARÓN. Y DESPUÉS PIENSO EN CÓMO LE DIGO LO QUE LE PASÓ A SU PADRE”

diciembre con una panza bastante grande. Según contaron los detenidos, ambos estaban contentos y felices, creyeron que a Graciela Laura la llevarían a una granja a tener su bebé, pero después de esa fecha, no se supo más nada de ella. El bebé tiene que haber nacido entre fines de diciembre del 77 y principios de febrero del 78, aproximadamente.

Después de que se enteran de esta historia (Irma madre e hija) se dirigieron a Abuelas, hicieron la denuncia correspondiente y se contactaron con la familia de Graciela Laura. A partir de entonces, entre las familias, pudieron reconstruir la historia de sus hijos y comenzar la búsqueda del niño.

Hoy, el hijo de Rubén y Laura tendría 29 años. “Lo quisiera ver, imagino que es varón, yo siempre pensé que era varón. Y después pienso en cómo le digo lo que le pasó a su padre, es muy difícil decir que lo mataron ¿no?”, cuenta Irma. La abuela no va a las reuniones de la Institución pero asegura: “yo siempre lo sigo esperando, cuando suena el timbre o el teléfono, pienso que es Rubén. Cuanto más tiempo pasa, más se me acrecienta la necesidad de verlo.”

Seguramente cuando el nieto o la nieta de Irma recupere su identidad, tal vez los abrazos y las miradas puedan explicar más que las palabras.